

Yapeyú la cuna del futuro Libertador

El 25 de febrero de 1778, en la pequeña población de Yapeyú, capital de la gobernación de las misiones bajo administración de la Corona, nació el quinto y último hijo del teniente gobernador y capitán del Ejército Real **Juan de San Martín**. Poco después, las aguas del bautismo dadas por el padre franciscano Francisco Pera lo marcarían con el nombre de **José Francisco de San Martín y Matorras**, el futuro Libertador.

El padre, Juan de San Martín y Gómez, había nacido en Cervatos de la Cueva en el reino de León -pueblo tan antiguo como la calzada romana que lo atravesaba-, el 3 de febrero de 1728. Era hijo de **Andrés e Isidora Gómez**.

La madre del Libertador nació el 12 de marzo de 1738, en Paredes de Nava, un pueblo de la provincia de Palencia, reino de León. **Gregoria Matorras y del Ser** era la hija menor del primer matrimonio de **Domingo Matorras con María del Ser**.

En tanto, el que sería su esposo, al cumplir los 18, dejó a sus padres e ingresó en las filas del ejército español en el Regimiento de Lisboa en la clase de soldado. Siguiendo sus banderas, llegaría al confín del imperio. Estuvo en campañas en África, y en octubre de 1755 lo ascendieron a sargento. Seis años más tarde, llegó a sargento primero. Después de luchar en tierras de los moros, regresó a España. En 1764 lo destinaron al Río de la Plata. Por sus méritos y por pasar a América, fue ascendido a teniente.

Llegada a Buenos Aires

Cuando desembarcó en Buenos Aires, el gobernador Don Pedro de Cevallos le confió el adiestramiento del Batallón de Milicias de Voluntarios Españoles de Buenos Aires, hasta que con éste fue destinado a las acciones militares contra el asentamiento portugués de Colonia del Sacramento y el Real de San Carlos, en mayo de 1765. Tras un año de servicios allí, le confiaron el gobierno del Partido de las Vacas y las Víboras, en Colonia, para la persecución del contrabando.

En 1767 fue decretada por **Carlos III** la expulsión de los padres jesuitas de todos sus reinos. La medida fue cumplida aquí por el Gobernador **Francisco de Paula Bucareli y Ursúa**. Por dicha razón se encargó a don Juan de la extensa y poblada estancia jesuítica de la Calera de las Vacas o de Las Huérfanas. Eran 42 leguas cuadradas donde pastaban millares de cabezas de ganado, y que lo debió administrar hasta 1774 sin descuidar sus funciones militares, cooperando con el bloqueo permanente a la Colonia. Desde 1769 tenía el empleo de Ayudante del Batallón de Voluntarios de Buenos Aires, confirmado por el monarca desde 1772.

Mientras esto sucedía, Gregoria Matorras, de 29 años y aún soltera, viajaba al río de la Plata con su primo **Jerónimo Matorras**, ilustre personaje que venía con el encargo de colonizar la región chaqueña, y en calidad de gobernador y capitán general del Tucumán.

Llegaron a Buenos Aires en 1767, donde la joven comenzó a frecuentar a sus paisanos del reino de León, en especial al capitán Juan de San Martín.

En poco tiempo, se conocieron y se enamoraron. Mientras él estaba en la Banda Oriental se realizó su casamiento con Gregoria Matorras. Se hizo a través de poderes en el palacio episcopal de Buenos Aires, el 1º de octubre de 1770, con las bendiciones del obispo de Buenos Aires, **Manuel de la Torre**.

La pareja se reunió en Buenos Aires el 12 de octubre de ese año, y se trasladó a la Calera de las Vacas, donde formaron su hogar y donde nacieron tres de sus hijos: María Elena, el 18 de agosto de 1771; **Manuel Tadeo**, el 28 de octubre de 1772 y **Juan Fermín Rafael**, el 5 de octubre de 1774.

Los hermanos

María Elena

Nació en Calera de las Vacas, actualmente en el Uruguay, en 1771. En su testamento, el Libertador dispuso: "...es mi expresa voluntad el que mi hija suministre a mi hermana María Elena una pensión de 1.000 francos anuales y, a su fallecimiento, se continúe pagando a su hija Petronila una de 250 hasta su muerte, sin que para asegurar este don que hago a mi hermana y sobrina, sea necesario otra hipoteca, en la confianza que me asiste de que mi hija y sus herederos cumplirán religiosamente, ésta mi voluntad", París, 12 de enero de 1844. María Elena murió en Madrid, donde se había casado, en 1852.

Manuel Tadeo

Nació en Calera de las Vacas, el 28 de octubre de 1772. Como sus hermanos varones, fue militar. Participó en la campaña de África (1790) y en los Pirineos Orientales (1793-1794). Fue prisionero de los franceses junto con su regimiento. Lo liberaron al terminar la guerra contra Francia. En 1808, como capitán, participó en la guerra de la Independencia: luchó contra los franceses. Revistó en los ejércitos del Centro, Extremadura, Cataluña y Valencia. Fue coronel en 1817 y en 1826 se le concedió el gobierno militar de la fortaleza de Santa Isabel de los Pasajes, en San Sebastián. Amante de la música, murió en Valencia en 1851.

Juan Fermín Rafael

Nació en Calera de las Vacas, en 1774. Ya en España, ingresó como cadete en el Regimiento de Infantería de Soria, junto con su hermano Manuel. Estuvo 14 años. Pasó, más adelante, al Escuadrón Húsares de Luzón con destino en Manila (Filipinas). Participó de la guerra contra Francia y peleó en 1797 contra los ingleses. En 1802 regresó a Filipinas. Se casó y tuvo dos hijos. Murió en Manila, en 1822.

Justo Rufino

Nació en Yapeyú en 1776. Ingresó en el Regimiento de Guardia de Corps, en la compañía americana, el 9 de enero de 1795. Allí permaneció durante 13 años. Estuvo en el motín de Aranjuez contra el ministro Godoy en 1808, y en la marcha a Bayona de Fernando VII. Luego se incorporó al Regimiento de Caballería Húsares de Aragón, como capitán. Peleó en los dos sitios de Zaragoza y fue hecho prisionero. Pudo escapar. También, pero ascendido a teniente coronel, asistió al sitio de Tarragona. Murió en Madrid en 1832. Fue el único de los hermanos varones que estuvo junto a José de San Martín durante su período de ostracismo en Europa.

Destino Yapeyú

Cuando arribó como gobernador de Buenos Aires **Juan José de Vértiz**, el teniente San Martín pasó de administrador de la Calera de las Vacas a teniente gobernador del departamento de Yapeyú, el 13 de diciembre de 1774, llegando a sus nuevas funciones a principios de abril de 1775. Yapeyú era lo que quedaba de una de las reducciones más florecientes y ricas de la Compañía de Jesús. Había sido erigida por los padres **Nicolás Mastrilli**, el luego mártir y beato **Roque González de Santa Cruz**, y **Pedro Romero**, el 4 de febrero de 1627, junto al arroyo Yapeyú con el nombre de Nuestra Señora de los Reyes Magos de Yapeyú.

Yapeyú había sido un baluarte frente a los indígenas no asimilados como los charrúas, y también contra los temibles bandeirantes que, provenientes del Brasil, atacaban las misiones en busca de esclavos. Había quedado abandonada después de la expulsión de los misioneros de la Compañía de Jesús.

En Yapeyú aumentó la familia de San Martín con el nacimiento de dos nuevos hijos varones: Justo Rufino, nacido en 1776, y José Francisco, el 25 de febrero de 1778.

El teniente gobernador se dedicó a organizar militarmente a los guaraníes, para contener con ellos los desmanes de los portugueses y las acometidas de los aguerridos charrúas y minuanes. En 1779, cuando tenía 52 años, Juan de San Martín fue ascendido a capitán del Ejército Real.

De los primeros años del niño José Francisco en las misiones jesuíticas no hay rastros, más allá de bellas leyendas. Una de ellas es la de su niñera, la joven guaraní **Rosa Guarú**; leyenda que rescata Germán Berdiales en su obra *El hijo de Yapeyú*. Rosa, en 1778 era una chica de unos doce años que vivía en el poblado y a quien doña Gregoria le habría encargado cuidar a su recién nacido. La leyenda dice que su niñera le cantaba en guaraní una canción de cuna:

“Cunumí (niño o bebé) querido, lindo cunumí, / Duerme que a tu lado vela Tupá (la Virgen) / Fruto de otra sangre, tu serás un día, / Sol de la bandera de la raza mía”.

Rosa Guarú, según tradiciones correntinas, Murió muy anciana (más de 110 años) en las cercanías de las ruinas de Yapeyú en 1875.

Por el estado de guerra de la zona, doña Gregoria se había trasladado a Buenos Aires junto con sus cinco hijos. A principios de 1781 se le reunió su esposo, que había terminado su tarea en Yapeyú. Fue como ayudante mayor de la Asamblea de Infantería de Buenos Aires, ofreciéndose para cualquier servicio y para instruir a los naturales tal como lo había hecho en Yapeyú.

Los hijos mayores del capitán hicieron sus primeras letras en la escuela de Yapeyú, que compartían con los pequeños indios y mestizos, según Bartolomé Mitre. En Buenos Aires, el niño José Francisco y sus hermanos debieron ir a una escuela parroquial, de la que nada se sabe de ella, donde aprendieron a leer y a escribir.

Finalmente, Juan de San Martín se dirigió a la Corte pidiendo licencia para viajar con su familia a España; lo que le fue concedido por Real Orden del 25 de marzo de 1783, luego de casi un cuarto de siglo de actividad en el Río de la Plata. Entonces, su hijo menor tenía seis años.

Los San Martín, a las órdenes de España

En abril de 1784, el capitán **Juan de San Martín** llegó a Cádiz con su mujer y sus cinco hijos a bordo de la fragata Santa Balbina. Los cuatro varones, como su padre, serían militares, todos con actuaciones honorables en el ejército español.

Al poco tiempo se establecen en Málaga. San Martín volvía a la Península cargado de años de servicios a la Corona y con la intención de educar a sus hijos en la Madre Patria. A los 57 años y con 39 de servicio, se le concedió el retiro que había pedido a la Plaza de Málaga, con el grado de capitán que ya tenía. Murió en 1796.

Según el historiador **Alfredo Villegas**, los hermanos recibieron sus primeras letras y educación en una escuela de Málaga, en los pocos años previos a su incorporación al ejército. Todos, a su turno, ingresarían como cadetes en distintas unidades militares.

El 1º de julio de 1789 **José Francisco** solicitó plaza de cadete del Regimiento de Infantería de Murcia. Poco después, el Regimiento partió a Melilla a la campaña africana. Pero antes habían estallado los problemas con la Francia revolucionaria a raíz de la política de **Carlos IV** y de su ministro **Manuel Godoy**.

Estos querían rescatar al cautivo rey **Luis XVI** y a su familia, parientes del monarca español, de la muerte a que los tenía condenados la Convención Francesa.

Desde agosto de 1791, hasta la declaración de la guerra por parte de Francia, en Marzo de 1793, los hermanos San Martín estuvieron en los regimientos de Soria y Murcia, en conflicto contra Francia. El ejército español fue dividido en tres cuerpos y escalonado a lo largo de la frontera de los Pirineos, desde las Vascongadas hasta el Mediterráneo. El tercer cuerpo, el de Cataluña, fue puesto bajo las órdenes del general **Ricardos**. La primera campaña, en 1793, fue favorable a los españoles. Ricardos llevó la ofensiva hasta el Rosellón. Los San Martín se hallaron en el avance en el Rosellón. Y en el sitio y toma del castillo de Villagardey en la batalla de Masdeu.

Después de la ofensiva en el Rosellón, los españoles se retiraron al campo de Bulou y sufrieron una contraofensiva, a lo que siguió la batalla de Trullas en que fueron derrotados, debiendo iniciarse la retirada que sostuvo el Regimiento de Soria. En estas acciones se destacaron los hermanos San Martín. La guerra siguió en retirada entre abril y noviembre de 1794. Terminó en junio de 1795.

El fracaso de la guerra del Rosellón por parte de España la obligó a firmar la Paz de Basilea y a aliarse con la República Francesa, teniendo ahora a Inglaterra como enemiga. Esta entró en guerra contra España y atacó a su Escuadra. José de San Martín fue oficial de tropa embarcado en la fragata Santa Dorotea, la que combatió con el navío inglés Lyon y fue capturada, en tanto sus oficiales fueron tomados prisioneros y devueltos a España.

En Europa los acontecimientos se sucedían vertiginosamente. En 1804 el primer cónsul **Napoleón Bonaparte** se había coronado emperador de los franceses y España marchaba a remolque de la política francesa, con la anuencia de Carlos IV y su ministro Godoy. Esa política llevó en 1805 a que la flota conjunta hispano-francesa fuese derrotada en Trafalgar, lo que

Testimonio del general Guillermo Miller

El general de la Independencia Guillermo (William) Miller (1798-1816), de origen inglés, peleó en el Ejército de los Andes y participó de las campañas de Chile y Perú. Comandó a las fuerzas patriotas en la batalla de Ayacucho. En sus Memorias, cuenta aspectos de la vida de San Martín. Lo que sigue es parte de lo escrito.

“San Martín se destacó en la batalla de Bailén, de tal modo, que se atrajo la atención del general Castaños y su nombre fue honrosamente citado en los partes de aquella batalla memorable.

“Ascendido al grado de teniente coronel, siguió haciendo la guerra a las órdenes del Marqués de la Romana y del general Coupigny, pero habiéndose levantado el grito de libertad en su país nativo, no pudo ser indiferente a tan sagrada invocación.

“Sin tener más que una vaga idea del verdadero estado de la lucha en América, resolvió marchar a serla tan útil como pudiera; y por la bondadosa imposición de sir Carlos Stuart obtuvo el pasaporte y se embarcó para Inglaterra, donde permaneció poco tiempo.

“San Martín se embarcó en el buque George Canning en el Támesis, y dio vela para el Río de la Plata. Poco después de su llegada a Buenos Aires se casó con doña Remedios...”

inició la decadencia española en el mar. Trafalgar, los avances de Francia y la política de Godoy exasperaban al pueblo español que ponía sus esperanzas en el joven Príncipe de Asturias, **Fernando**. Así se llegó hasta el llamado motín de Aranjuez.

En 1807, los franceses entraron en España para atacar a Portugal, aliado de Inglaterra. Con la excusa de reforzar las guarniciones españolas se hicieron dueños de ciudades y fortalezas. Para seguridad de los monarcas, Godoy los llevó a Sevilla.

El pueblo, creyendo que el ministro estaba en connivencia con los franceses, se rebeló. El 18 y 19 de marzo de 1808 el pueblo, con partidarios de Fernando, se opuso a la partida de los Reyes; se congregó en el Palacio de Aranjuez, gritando contra Godoy y Napoleón. Finalmente, el príncipe Fernando logró la abdicación de su padre en él y desde entonces sería **Fernando VII**. Pero el avance francés seguía su curso y Napoleón lograba, invitándolo a Francia, que el joven rey Fernando cayera en sus manos. El 2 de mayo, en Madrid, el pueblo se alzó contra los franceses, dando así inicio la Guerra de Independencia española contra los franceses. Los hermanos San Martín tomaron parte activa en el conflicto. El mayor de ellos, Manuel Tadeo, en las acciones en Valencia; Justo Rufino, como defensor de Zaragoza, y José, en la batalla de Bailén.

Combate de Arjonilla

Al inicio de la guerra, José de San Martín era capitán del Regimiento de Infantería Voluntarios de Campo Mayor. Lo incorporaron en el ejército que el general **Francisco Javier Castaños** reunía en Carmona y Utrera para combatir a los franceses del general Pierre Antoine Dupont, que marchaban hacia Sevilla saqueando poblaciones.

La vanguardia estaba a las órdenes de Antonio Malet, **Marqués de Coupigny**. Allí existía una división volante, al mando del teniente coronel **Juan de la Cruz Mourgeon**, quien nombró a San Martín como su jefe de vanguardia.

El 23 de junio de 1808, San Martín marchaba en descubierta al frente de su vanguardia y se topó con una partida enemiga en la posta de Santa Cecilia. Pese a tener fuerzas menores, atacó y desbarató a los dragones imperiales, dejando en el campo a 17 muertos y 4 heridos. *“Un solo soldado herido fue la pérdida española -señaló el parte-, habiendo peligrado la vida del jefe vencedor.”*

Como ocurriría años después, el arrojamiento de San Martín al frente de sus hombres hizo que fuera muerto su caballo y quedara a merced del enemigo. Pero fue salvado por el soldado **Juan de Dios**, de los Húsares de Olivenza. Todo esto recogió el parte redactado por Mourgeon sobre la acción de Arjonilla, localidad cercana de la cual tomó nombre el combate. San Martín fue hecho ayudante primero de su regimiento. Y, luego, ayudante de campo del marqués de Coupigny.

La batalla de Bailén

El 27 de junio el ejército de Castaños inició la marcha hacia Córdoba de Andalucía por la margen izquierda del Guadalquivir. Se le unió el Ejército de Granada, y la vanguardia de Coupigny quedó como segunda división. La primera estaba al mando del mariscal **Teodoro de Reding**; la tercera, del mariscal **Jones**, y la cuarta o reserva, del general de **La Pena**.

Castaños intentó atraer a **Dupont** desde Andujar, donde estaba encerrado, y presentarle batalla en campo abierto, rodeándolo con las divisiones de Reding y Coupigny, por un lado, y la de Jones y de La Pena, bajo su mando, por el otro.

San Martín, como ayudante de campo, asistió al Consejo de Guerra donde se decidió la maniobra y el plan de operaciones. Esta experiencia habrá de tenerse en cuenta a la hora de contar otra de las batallas de San Martín, ya que para muchos Chacabuco es una réplica estratégica de Bailén.

El 13 de julio de 1808, los españoles se situaron en Arjona. Llegaron a su objetivo dos días después. Mientras Reding iba con su división a Mengibar, Coupigny se apoderó de la Higuera. En el emplazamiento francés de Villanueva de la Reina, que defendía el paso del Guadalquivir, los españoles tuvieron un primer triunfo contra Dupont, que dejó 200 muertos.

El 18, las divisiones españolas de Reding y Coupigny llegaron a Bailén, sus jefes reconocieron la posición y dispusieron las tropas en tres líneas que cerraban la entrada en la ciudad por el camino de Andújar. El ejército se dividió en dos alas -Reding dirigía la de la derecha, y Coupigny, la de la izquierda-, siendo compartido el mando.

La batalla de Bailén sucedió el 19 de julio de 1808. Duró 9 horas. Los franceses provocaron cinco ataques impetuosos que fueron rechazados, sin abandonar los españoles su plan defensivo. En el tercero, Coupigny debió salir de su puesto de observación para ayudar al extremo izquierdo cargado por una brigada francesa de dragones y coraceros. Con un hábil cambio de frente ordenado a algunos batallones, el jefe español logró imponer la retirada de los coraceros.

Ante la inminente derrota y la falta de refuerzos, el mariscal Dupont capituló. En la batalla intervinieron 30.600 infantes y 28.999 jinetes, del lado español; y 28.000 infantes y 5.700 jinetes, del francés.

Pese a la derrota de Dupont y a que 20.000 franceses cayeron prisioneros, el nombre de Bailén figura en el Arco de Triunfo de París como una victoria napoleónica.

San Martín fue ascendido a teniente coronel. Su carrera seguiría ligada a la de Coupigny, a quien acompañó en el Ejército de Cataluña. En 1809 se separó del marqués, pero en 1810 volvería con él como su ayudante de campo en el Ejército de la Izquierda al mando del marqués de **La Romana**. Estuvo en la defensa de Torres Vedras, en la indecisa acción de Río Maior, y en febrero de 1811 llegaban ambos, desde Lisboa, a Cádiz, último reducto de la resistencia española en Andalucía que, sitiada por el mariscal **Victor**, no cedió ante la presión francesa.

La estadía de San Martín en Cádiz resultaría providencial para su futuro americano: allí se encendió en su espíritu una decisiva aspiración.

San Martín: regreso con gloria a su patria

Corría 1811 y uno de los hermanos San Martín se retiraba del ejército del Rey y de España, para pasar a una América que clamaba por su libertad, cuyo llamado presentía. Era José Francisco. Con el grado de teniente coronel y condecorado en la guerra, dejaba la Península.

En tanto, **Francisco de Miranda**, el precursor de la Independencia, fundó en Londres, en 1797, una logia de conspiradores bajo el nombre de Gran Reunión Americana. El ella captó a los jóvenes sudamericanos que, descontentos con el sistema colonial, deseaban la independencia. Entre sus seguidores estaban **Bernardo O'Higgins**, **Pedro José Caro** y **Manuel de Salas**.

Los revolucionarios hispanoamericanos se asociaron extendiendo sus redes a Cádiz y América del Sur, donde fomentaron los movimientos revolucionarios en un mismo momento y con iguales fines en todo el continente.

La característica interna de esta logia de revolucionarios es un misterio y no existen pruebas de su vinculación con la masonería.

Sociedad de Caballeros Racionales

La filial de Cádiz se formó cuando viajó allí O'Higgins, y se reunían en la casa de **Carlos de Alvear**, oficial de la Guardia de Carabineros Reales. El nombre de ésta y de las otras filiales, como la de Santa Fe de Bogotá, era el de Sociedad de Caballeros Racionales. Sus iniciaciones eran parecidas a las masónicas, pero el objetivo de la sociedad era el de luchar por el bien de América y de los americanos. A esta sociedad se afilió San Martín en 1810 o 1811, según recuerda otro de los miembros, el fraile mexicano **Servando de Mier**. Esta es la "reunión de

americanos en Cádiz” a la que San Martín hace referencia en su carta enviada desde su exilio al presidente del Perú, **Ramón Castilla**:

“Como usted, yo serví en el ejército español, en la Península, desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de teniente coronel de Caballería. Tras una reunión de americanos, en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarles nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar...”

San Martín tenía treinta y tres años a mediados de 1811, y ya llevaba más de veinte en el ejército español, los últimos tres en la guerra contra **Napoleón**. La contienda llega de la mano de una conmoción social provocada por el levantamiento de todo un pueblo, que cada vez revestía mayor gravedad y se transformaba en una crisis política y moral.

España, con Napoleón o **Fernando VII**, carecía de futuro, caería en las garras de la tiranía de uno u otro; quedaba salvar lo que quedaba en América y hacerla independiente y capaz de labrar su grandeza.

Para San Martín la hora de la decisión había llegado y lo hizo por América. El mismo lo recordaría años después al decir: *“Supe la revolución de mi país, y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a su libertad”*.

En agosto de 1811, San Martín solicitó su baja del ejército español, sin sueldo y sólo con el uso de uniforme y fuero militar, debido a la necesidad de pasar a Lima, Perú, a atender sus intereses. Resulta curioso el pedido puesto que San Martín no era oriundo del Perú, pero eso sin duda no lo sabrían las autoridades españolas; además no podía decir que se dirigía a Buenos Aires, pues ésta estaba insurreccionada contra la Corona. Por otro lado, San Martín finalmente sí llegaría a Lima, pero a culminar su gesta libertadora.

El 5 de septiembre de 1811 obtenía el retiro definitivo y el día 14 zarpó de Cádiz para Lisboa y de allí a Londres adonde llegaría a fines de mes o principios de octubre. En Londres tomó contacto con otros americanos conspiradores en la que había sido la morada de Miranda en Grafton Street, y ahora era la casa de los Diputados de Venezuela; allí se reunieron todos los que viajarían a distintas partes de América. En enero de 1812 zarpaban de Londres con rumbo al Río de la Plata.

El lunes 9 de marzo de 1812 arribaba la fragata inglesa George Canning al puerto de Buenos Aires, cabeza de las flamantes Provincias Unidas del Río de la Plata, antiguo Virreinato del Río de la Plata. Desde su borda, los pasajeros contemplaron una ciudad chata, de casas bajas blanqueadas, donde sólo sobresalían las torres de las iglesias y la fortaleza que se adentraba en el río.

De la fragata inglesa desembarcaron varios oficiales del ejército español peninsular que venían de Londres, entre ellos y el más antiguo, el teniente coronel de caballería don José de San Martín.

Llegada a Buenos Aires

La Gazeta del viernes 13 de marzo de 1812 consignó los nombres de los recién llegados; todos ellos, con excepción del teniente coronel San Martín y el primer teniente de Guardias Valonas Eduardo Kainitz, barón de Holmberg, tenían familia en Buenos Aires. El capitán de infantería **Francisco de Vera**, el capitán de milicias **Francisco Chilavert** y el alférez de navío **José Matías Zapiola** habían sido arrestados en Montevideo en julio de 1810 por las autoridades españolas, a causa de su adhesión a la Junta de Buenos Aires; enviados presos a España, obtuvieron en Cádiz su libertad y pasaron luego a Londres. El alférez de Carabineros Reales don **Carlos de Alvear**, en cuya casa de Cádiz se reunían los conspiradores y cuyo padre era un famoso almirante español, pertenecía por su madre a una de las familias más distinguidas de la sociedad porteña, la de **Balbastro**.

Luego de instalarse, los jóvenes se presentaron al gobierno, y lo hicieron en la fortaleza donde los recibieron los miembros del Triunvirato y el secretario **Bernardino Rivadavia**. Venían a ofrecerle sus servicios y traían noticias sobre el estado calamitoso y de pérdida total de España.

San Martín expuso claramente que para lograr el bien común de los americanos era indispensable su independencia y que brindaba sus servicios militares para lograrlo.

El historiador **Piccinalli** dice que quien así hablaba era un gallardo joven de aspecto y modales marciales; su erguida cabeza coronaba un cuerpo esbelto, que se veía fuerte y ágil, de estatura más que mediana, en su uniforme de ayudante de campo, de su cintura pendía su sable corvo de estilo morisco que acababa de adquirir en Londres y que fue lo que más sorprendió a todos.

Piccinalli lo pinta como de rostro correctamente afeitado, tostado por el sol y el aire del mar, enmarcado por cortos cabellos renegridos con largas patillas, con unos grandes ojos negros de mirada franca y expresiva, con un ligerísimo destello risueño que despertaba simpatía, mientras su nariz aguileña y su neto mentón hablaban a las claras de una voluntad de hierro.

San Martín se expresaba con sencillez y claridad sobre la eficacia de la caballería, arma empleada por Napoleón como medio principal de sus victorias. El mismo había visto el éxito de la nueva táctica francesa de caballería, que había estudiado, y explicó que en América era ideal esta arma que llegaba velozmente a cualquier punto en busca del enemigo; en el combate su poder de choque era temible.

Los dichos de San Martín serán confirmados por los hechos años después, y el propio general **Paz**, que fue un joven subordinado del Libertador, expresó en sus memorias:

“Hasta que vino el general San Martín, nuestra Caballería no merecía ni el nombre, y dotados nuestros hombres de las mejores disposiciones, no prestaban buenos servicios en dicha arma porque no hubo un jefe capaz de aprovecharlas”.

La Logia Lautaro en Buenos Aires

José de San Martín, Carlos María de Alvear y José Matías Zapiola establecieron la Logia Lautaro en Buenos Aires en 1812.

El objetivo era redirigir los esfuerzos de la revolución, consolidar la independencia, dar organización y constitución al país.

El medio era captar a todos los hombres de mayor respeto e influjo en Buenos Aires y las Provincias Unidas para, haciéndolos miembros de la sociedad, tomar decisiones en conjunto, controlar y dirigir el gobierno. El primer presidente de la Logia fue Alvear, fundador de la de Cádiz, quien pronto la hará apartarse de sus objetivos, utilizándola como medio para sus propias ambiciones políticas inmediatas.

Ante este rumbo desvirtuado de la Logia, San Martín se aparta de ella, pues su objetivo era ponerla al servicio exclusivo de la lucha por la libertad sudamericana y no de intereses personales.

La posición del Libertador era muy clara. Estaba a favor de la Logia como instrumento de apoyo a la guerra de la emancipación, y en contra de la misma si se la utilizaba para la guerra civil o para las ambiciones políticas de unos pocos.

Remedios de Escalada, la mujer de su vida

Al llegar a Buenos Aires, **San Martín** no tenía aquí ni amigos ni parientes. Pero su amigo **Carlos de Alvear** lo introdujo en la sociedad porteña. La casa más famosa por sus tertulias y por ser centro de reuniones sociales y políticas desde la Revolución era la de **Escalada**. San Martín fue un asiduo concurrente. La niña de la casa era **María de los Remedios de Escalada y de la Quintana**, nacida en Buenos Aires el 20 de noviembre de 1797, hija de **José Antonio de Escalada**, rico comerciante, y de **Tomasa de la Quintana Riglos y Larrazábal**.

Remedios, según sus biógrafos **Jacinto Yaben** y **Florencio Grosso**, era de una delicadeza exquisita, pero a la vez de gran personalidad y elevado sentido de la dignidad y modelo de virtudes patrióticas. Tenía 14 años cuando conoció a San Martín, de 34.

San Martín se enamoró de ella. Se casaron en la parroquia de la Merced de la Catedral de Buenos Aires el 12 de setiembre de 1812. Sus testigos fueron Carlos de Alvear y su esposa, **Carmen Quintanilla**.

Remedios fue clave en la carrera militar de San Martín, preludio de su gloria en San Lorenzo, y remanso y compañía en Mendoza en época del Ejército de los Andes. Su vida militar se extinguió en América, cuando se extinguió la vida de ella.

El Regimiento de Granaderos a Caballo

El 16 de marzo de 1812 el Triunvirato reconoció a **San Martín** su grado de teniente coronel. Le encargó la formación, a su sugerencia, de un regimiento de granaderos a caballo, con cuatro

escuadrones de tres compañías cada uno, comenzando la organización por el primero, cuyos oficiales y tropas fueran elegidos por su comandante.

El segundo escuadrón se formó el 11 de septiembre de 1812 y el tercero, el 15 de diciembre. El Regimiento de Granaderos a Caballo fue un cuerpo de elite y, al decir de **Bartolomé Mitre**, la escuela en que se educó una generación de héroes. De ese molde salió un nuevo tipo de soldado animado de un nuevo espíritu. La idea era empezar por un regimiento para moldear un ejército, nervio de la Revolución.

Bajo una disciplina austera que no por ello limitaba la energía individual, sino que más bien la retemplaba, formó San Martín soldado por soldado, oficial por oficial, apasionándolos por el deber e inculcándoles el fanatismo del coraje, que era el secreto para vencer.

Los medios sencillos de los que se valió para alcanzar tal resultado mostraron que sabía gobernar con igual pulso y maestría las espadas y las voluntades.

El primer paso fue la formación de los oficiales, que debían ser los maestros de la escuela que era el regimiento, bajo la dirección del propio San Martín. El núcleo inicial estaba formado por sus compañeros de viaje desde España, **Alvear**, **Zapiola**, sus hermanos políticos **Manuel** y **Mariano de Escalada**, y por lo mejor de la juventud porteña, los **Necochea**, **Manuel Soler**, **Ángel Pacheco**, **Juan Galo de Lavalle**, **los Olazábal**, **los Olavarría** y otros que completaron los cuadros de oficiales. Todos dieron con sus espadas páginas de gloria. A ellos se les fueron agregando hombres nacidos de la Revolución, pero eligieron para ser sus tenientes a los que habían probado su valor desde las clases de tropa. San Martín creó un núcleo de cadetes tomados del seno de las familias de Buenos Aires, casi niños de brazos de sus madres. *“Era -según Mitre- la amalgama del cobre y del estaño que daba por resultado el bronce de los héroes”.*

Rigor y manejo de armas

Con ellos organizó una academia de instrucción práctica que él personalmente dirigía, iniciando a sus oficiales y cadetes en los secretos de la táctica y el manejo de las armas, y en el estudio. Para experimentar el temple de nervios de sus oficiales les tendía asechanzas y sorpresas nocturnas, y los que no resistían la prueba eran inmediatamente separados del cuerpo, porque *“sólo quería tener leones en su regimiento”.*

Instituyó un tribunal de vigilancia y disciplina con los oficiales, en los que ellos mismos debían ser los celadores, los fiscales y los jueces, pronunciar las sentencias y hacerlas efectivas, autorizando por excepción el duelo para hacerse justicia en los casos de honor.

El primer domingo de cada mes se reunía en sesión el consejo de oficiales bajo su presidencia, y les dirigía un discurso sobre la importancia de la institución y la obligación para todos de no permitir en su seno a ningún miembro indigno de la corporación.

En una pieza contigua estaban preparadas sobre una mesa tarjetas en blanco, en que cada oficial, a solas, escribía lo que hubiese notado respecto del mal comportamiento de algún compañero. El sargento mayor recibía las cédulas dobladas en su sombrero, que eran escrutadas por el jefe. Si entre ellas había una acusación, se hacía salir al acusado y se exhibía

la papeleta, sobre la cual se abría discusión. Se nombraba una comisión investigadora que daba cuenta del resultado en una próxima sesión. Abierta nuevamente la discusión, cada oficial daba su dictamen por escrito, y la votación secreta decidía si el acusado era o no digno de pertenecer al cuerpo.

En el primer caso, el cuerpo de oficiales le daba, en presencia de todos, una satisfacción cumplida. En el segundo, se nombraba una comisión de oficiales para intimarle a que pidiese su separación absoluta, prohibiéndole usar en público el uniforme del Regimiento, bajo la amenaza de que si contrariaba esta orden le sería arrancado a estocadas por el primer oficial que le encontrara.

Máquinas de obediencia

San Martín elegía a los soldados vigorosos; los sujetaba con energía paterna a la disciplina, y los convertía en máquinas de obediencia.

Los armaba con el sable largo de la caballería, que él mismo les enseñaba a manejar, haciéndoles entender que con esa arma en la mano partirían como sandías las cabezas de los godos que se les enfrentaran.

Por último, les designó un uniforme, simple y austero: casaca de largos faldones, forro, pantalón, capote, gorra de cuartel, todos azules; con el cuello, las vueltas y los vivos carmesí; el chaleco blanco y los botones dorados; el morrión de cuero, con carrilleras, forrado de paño, con una granada flamígera al frente, escarapela celeste y blanca, cordones amarillos y un penacho alto de lana verde. Las botas eran altas con espuela de fierro, y estaban armados de lanzas enastadas y carabinas tercerolas.

Más tarde, por economía, se varió el color del cuello y las bocamangas para que quedase todo azul con sólo el vivo grana. Las casacas llevaban granadas amarillas en los faldones y los pantalones tenían refuerzo de cuero en la parte interna.

Los trompetas vestían con los colores invertidos, las chaquetas granas con los vivos y vueltas azules.

Bibliografía

Las Batallas de San Martín: el combate de San Lorenzo – 1º ed. – Buenos Aires: Arte Gráfico

Editorial Argentino S.A., 2007.